

## ÉTICA Y ESTÉTICA EN EL TALANTE POSTMODERNO

### 1. Introducción

Cada vez que se pretende exponer, sea bajo la forma de resumen, sea de manera exhaustiva o descriptiva, alguna cuestión particular desde los puntos de vista del talante postmoderno, es necesario remitirse a aquello que sobre el particular ha afirmado o negado la modernidad. Es ineludible obrar así, puesto que la postmodernidad pone como fundamento de todas sus argumentaciones, premisas y conclusiones, la falsedad de las propuestas y argumentos en que se funda la modernidad. Ello también ha llevado a que algunos autores sostengan que el postmodernismo es una voz débil para significar antimodernidad.

A pasos de síntesis, como aquí debemos andar, podemos partir de la afirmación siguiente: lo postmoderno, la postmodernidad y el postmodernismo, dicen de un conjunto de puntos de vista que relativizan en grado sumo y se oponen a las propuestas sobre las que se edifica la modernidad. Así, este talante defiende, por antinomia:

- 1) El pensamiento débil, ante la razón totalizante.
- 2) Los relatos, ante los “metarrelatos”.
- 3) Los “consensos blandos”, ante los compromisos definitivos.
- 4) El “politeísmo” de valores, ante los valores absolutos.
- 5) Las historias parciales, ante la historia unitaria.
- 6) Un estetismo del presente, ante un plural futuro mejor.
- 7) El fragmento, ante la universalidad.
- 8) Dionisos y Narciso, ante Prometeo.
- 9) El microgrupo, ante la militancia.
- 10) Lo comunicativo, ante lo productivo.
- 11) La diferencia, ante la uniformidad.<sup>1</sup>

Esta ruptura de la postmodernidad con la modernidad, se encuentra en el hecho de que quienes adhieren al postmodernismo consideran que la modernidad ha olvidado y no ha cumplido con sus promesas.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cfr. Colomer, J., “*Postmodernidad, Fe Cristiana y Vida Religiosa*”, en: *Sal Terrae*, 5 (mayo 1991), p. 412.

<sup>2</sup> BRIE, R. J. y DEL ACEBO, E., *Diccionario de Sociología* (Bs. As., Claridad, 2001) voz *Postmodernidad*.

## 2. Concepción del hombre y la Ética

Los autores postmodernos consideran que el hombre está arrojado en el mundo como un *clinamen*, como un inclinado que ha perdido su unidad. Sostienen que el hombre está desarmado y dispersado y, por lo tanto, es en sí mismo una multiplicidad.

Hace algo más de una década el Cardenal Ratzinger denuncia la *dictadura del relativismo posmodernista*. Dictadura que, entre otros aspectos, se expresa en su noción de “*persona*” a la que concibe como *un residuo arcaico a extinguir*.<sup>3</sup> Esta frase, del hoy Papa Benedicto XVI, resume con meridiana claridad el juicio que los postmodernos tienen sobre el hombre.

Por otra parte, entienden que la vida del hombre es un estilo de vida experimental, que se caracteriza por sacrificar los valores morales, a los que se les considera como una hipocresía. Así, el hombre, sujeto sin valores morales, es reducido a su individualidad, la cual es asumida como intocable. Y, desde esa individualidad, tiene el derecho de definir su propia ética.

La Ética, para los postmodernos, no se funda sobre una distinción objetiva entre bien y mal, ni en normas fijas; es una Ética subjetiva en la que se defiende la tolerancia y la pluralidad moral. En este campo su propuesta es la de llegar a un nihilismo moral. Cabe aquí la pregunta ¿Es posible la coexistencia entre Ética y postmodernidad? Tomada la palabra Ética en el sentido de la reflexión racional sobre qué se entiende por conducta buena y en qué se fundamentan los juicios morales. La respuesta a tal pregunta es: no. Negación que se funda en el hecho que la postmodernidad es el rechazo de toda norma; es el vacío de valores; es aceptación de lo efímero; de lo circunstancial en base a la propia satisfacción; del goce intenso y presente; es el pragmatismo a ultranza; es la fragmentación de la verdad; es el relativismo absoluto y el amor desmedido por la novedad.<sup>4</sup>

Aunque, es necesario dejar asentado que, las expresiones vertidas en el párrafo anterior no niegan la existencia de éticas postmodernas. Esas éticas son opuestas a las versiones éticas que nos presenta la modernidad, y especialmente, a la ética kantiana, la cual

<sup>3</sup> Cfr. su: *La Fe como Camino. Contribución al “Ethos” Cristiano en el Momento Actual* (Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1997).

<sup>4</sup> SANABRIA, J. R., “Ética y Postmodernidad”, en: *Dikaiosyne –Revista de Filosofía Práctica-*, n° 6, junio de 2001, p. 112.

procura el “obrar por deber” y alcanzar validez universal y necesaria. La adhesión postmoderna es a favor de una ética exangüe, débil, sin defensas, que resume el modelo para actuar sobre la afirmación: “*Nada está prohibido*”; es decir, no hay nada que desear, ni que criticar, ni siquiera que hacer.<sup>5</sup> Esta actitud ¿puede ser llamada Ética? Según algunos autores, la ética premoderna y moderna ha muerto. Un ejemplo entre ellos es Lipovetsky, quien sostiene: “*estamos en el advenimiento de la era postmodernista, en la que ya no habrá obligaciones éticas*”<sup>6</sup>.

La base del talante postmoderno en el campo de la Ética se asienta en el pensamiento de Nietzsche, es él la figura emblemática que sirve de fundamento a los puntos de vista éticos que sustenta el sujeto postmoderno. La Ética de Nietzsche se caracteriza por proponer una *subversión de los valores*, lo cual puede leerse en su “*La Voluntad de Poder*” cuando se pregunta: *¿Qué significa el nihilismo?*, y se responde: “*significa que se desvalorizan los altos valores. Falta la meta, falta la respuesta al ¿Por qué?*”; para, en punto seguido afirmar como especificación de lo antes dicho: “*El nihilismo radical es el convencimiento de que la existencia es absolutamente insostenible si se trata de los más altos valores que se reconocen; amén de la conclusión de que no tenemos el menor derecho de suponer un “más allá” o un “en sí” de las cosas que sea “divino”, moral verdadera.*”  
*Esta conclusión es consecuencia de la “voluntad de verdad”, inculcada en el hombre; es decir, es consecuencia de la fe en la moral.*”<sup>7</sup>

Además, es el mismo Nietzsche quien anuncia la “muerte de Dios”, para significar con ello el fin de la época de los fundamentos. Ya no hay fundamentos que deban guiar las acciones humanas: ni valores morales, ni principios religiosos y, además exalta todo lo que es terrenal, corpóreo, antiespiritual, irracional, además de la anulación de los límites.

Sus afirmaciones se proyectan y repercuten en el talante postmoderno, y tienen como resultado lo siguiente: se admite un pluralismo ético, siempre que el mismo vaya de acuerdo a las convicciones o conveniencias personales y, además, pretenda una *ética cívica* basada en un acuerdo de mínimos —*ética mínima*—; esto porque se interpreta que los juicios normativos ya no pertenecen a la ética sino a la sociología. Con tal dependencia se procura la legitimación de normas y se evade su

<sup>5</sup> CULLEN, J., “*Ética y Postmodernidad*”, en: AA.VV., *¿Postmodernidad?* (Bs. As., Biblos, 1988) p. 154.

<sup>6</sup> Conferencia “*Cultura de la Conservación y Sociedad Postmoderna*” pronunciada en Madrid, el 27 de octubre de 1992.

<sup>7</sup> Cfr. *Obras Completas*, (Bs. As., Prestigio, 1970) vol. IV par. 23 y 24.

fundamentación. “*Ya no se pretende lo bueno, sino lo correcto. Ya no hay ética de virtudes, sino ética de bienes.*” Bienes que cada uno tiene derecho a reconocer como tal.

En general, puede afirmarse que, en términos de ética, la postmodernidad se caracteriza por adherir a tres elementos básicos; a saber: 1. La permanencia irreversible de la crisis de los valores, es decir, de su secularización. Secularización que se expresa en diversas formas y niveles de intensidad: ocaso de la religión dominante, transferencia de religiosidad a realidades e instituciones profanas y sacralización de antiguas religiones, inmanentización de religiones sobrenaturales, desconexión de la sociedad de las propuestas religiosas persistentes, desacralización completa de la sociedad. 2. Pluralidad de los lenguajes correspondientes a los distintos discursos valorativos. 3. La secularización del progreso, en el aspecto de que las sociedades han perdido el sentido de su destino, y el devenir no tiene finalidad. El futuro ha muerto y todo es ya presente.<sup>8</sup>

Estos puntos llevan a un apego al “mundo de las cosas” que, a la vez, lleva a la desvalorización del mundo propiamente humano.

Para poner fin a estos párrafos sobre ética postmoderna y pasar a la cuestión de la estética, que es el otro concepto sobre el que debemos poner el foco, podemos afirmar: ... “*el auténtico compromiso con el sentido de la existencia se adquiere únicamente por la audacia de enfrentar la propia orfandad, intentando despojarnos de los ropajes absurdos con que pretenden ceñirnos los tutores del pensamiento. Es preciso descender a la más abismal desesperanza...*”<sup>9</sup>

### 3. Estética

Partimos del reconocimiento siguiente: entendemos por estética la ciencia de lo bello y de sus manifestaciones artificiales, que son las bellas artes.

En el pensamiento del Aquinate, lo bello tiene una doble definición; a saber: subjetiva, la cual atiende a los efectos psicológicos que en nosotros produce; objetiva, la que atiende a las condiciones que debe realizar en sí mismo el objeto bello.

Desde el punto de vista *subjetivo*, bello es aquello que deleita por el solo hecho de ser conocido intuitivamente por el entendimiento y por los sentidos superiores<sup>10</sup> (la vista y el

<sup>8</sup> Cfr. GINER, S., LAMO de ESPINOSA, E., y TORRES, C. (eds.) *Diccionario de Sociología* (Madrid, Alianza Editorial, 1998) voz: *posmodernismo, posmodernidad*. Entrada firmada por Joseph PICÓ LÓPEZ.

<sup>9</sup> Cfr. JALFEN, Luis J., *La Edad del Nihilismo* (Bs. As., Edic. de Tres Tiempos, 1984). Nota del Editor, p. 7.

<sup>10</sup> Cfr. *Suma Teológica*, I, II, q. 27, a. I, ad. 3.

oído, los únicos que perciben los objetos de una manera plenamente objetiva). Gozo que se traduce: 1. Por un sentimiento característico, admirativo, desinteresado, contagioso. 2. Por un juicio que estimamos de valor universal compartido por nuestros semejantes. De ello se desprende que el goce estético y el amor a lo bello sean útiles al individuo, a quien elevan por encima de su egoísmo, y a la sociedad, para la cual son una fuente de unión, superior a los intereses individuales contrarios.

Desde el punto de vista *objetivo*, según Santo Tomás, un objeto para ser bello debe realizar tres condiciones: 1. *Integridad*, perfección del objeto tal como se da, aunque sea incompleto. 2. *Proporción*, conveniencia, armonía entre las partes. 3. *Brillo*, esplendor de la forma, idea o sentimiento, que irradie a través de sus velos sensibles, sin exigir penoso esfuerzo de atracción. Cuestiones estas que se encuentran resumidas en la fórmula: *La belleza es el resplandor de la forma sobre las partes proporcionadas de la materia.*

Por otra parte, lo *bello* se distingue: 1. De lo *útil*, que, por sí mismo provoca un sentimiento interesado. 2. De lo *verdadero*, que alumbrando la inteligencia, se le impone a la luz de la evidencia y da el goce de conocer lo real, sin presentar siempre los elementos de lo bello. 3. Del *bien* en general, del que la belleza es una especie. 4. De lo *agradable*, que deleita a uno cualquiera de los sentidos. 5. De lo *sublime*, caracterizado por su grandeza. 6. De lo *lindo*, armonía sin grandeza. 7. De lo *gracioso*, que resulta de la suavidad en los movimientos.

Hasta aquí, en su expresión más sucinta, de la idea de lo bello que nos presenta Santo Tomás. Las universales reflexiones del Doctor Angélico van a ser reducidas en su alcance y los principales exponentes de esa tarea de reducción son los filósofos del siglo XVIII, tiempo en que se pone el acento en el concepto del *gusto* para enlazar las nociones del arte y de lo bello. Por un lado, Kant establece la identidad entre lo artístico y lo bello al afirmar que “*la naturaleza es bella cuando tiene apariencia de arte*” y que “*el arte no puede ser denominado bello sino cuando nosotros, aun siendo conscientes de que es arte, lo consideramos como naturaleza*”<sup>11</sup>; y por otro, Schelling va a invertir la relación tradicional entre arte y naturaleza, haciendo del arte la regla de la naturaleza, en lugar de hacer de la naturaleza la regla del arte.

---

<sup>11</sup> Cfr. su *Crítica del Juicio*, # 45.

Así, el arte es la necesaria y perfecta realización de esa belleza que la naturaleza adquiere sólo de modo parcial y casual.<sup>12</sup>

En el talante postmoderno, la belleza, lo bello, ya no se concibe como un valor, ni se instala en un juicio de valor contemplativo y desinteresado acerca de la obra. Por un lado, lo estético puede no coincidir con lo bello y es posible proponerse una “estética de la fealdad”. Esto es afirmar que en la estética postmoderna se deja de lado el esplendor de la forma. Lo que se pretende es una estética de la apariencia. Por otro lado, la obra de arte se entiende ahora no como un lugar de goce estético, sino como una de las posibles manifestaciones de la verdad entendida como *desocultamiento del ser*, mostrando lo visible de lo visible.

En este campo, el postmodernismo se opone, en primer lugar, al funcionalismo, a la concepción que pone a la belleza en la adaptación de un elemento artístico de la función que ejerce; pero, además, considera superadas todas las teorías estéticas, a las que adjetiva de universalistas, elitistas y formalistas y prefiere la pluralidad y singularidad de diversas experiencias estéticas, irreductibles a un sistema. La premisa estética del postmodernismo es “hazlo tu mismo”; es en tal individualidad que debe expresarse la estética.

Bajo estos puntos de vista es que aparece el concepto de arte útil, el que reconoce que cualquier expresión artística necesita manifestarse liberada de los prejuicios impuestos a las formas por la tradición o la modernidad.<sup>13</sup> Además, arte significa valorar el pastiche y la mezcla estética; el simulacro, caracterizado por una concepción narcisista de la propia subjetividad y una negación radical de límites se transforma en estandarte; vale lo banal y se cambia la ironía por cinismo; hay entusiasmo por la desfachatez.

Los procesos de estetización postmoderna procuran el agotamiento de categorías estéticas modernas, tales como: trascendentalismo, sublimidad, autenticidad e individualidad creadora. Ya no se ven como necesarias la originalidad y la creatividad en la producción artística; con la repetición y la reiteración alcanza. La postmodernidad insiste en lograr la “muerte de la noción del arte sistémico”; y ello, por considerar que vivimos con los fragmentos que se fusionan híbridamente, adquiriendo características de ‘bricolage’ estético.

---

<sup>12</sup> Cfr. su: “*Las Artes Figurativas y la Naturaleza*”.

<sup>13</sup> Cfr. DE MATOS, A. M., “*El Útil: Cosa y Obra de Arte*”: en: *Arte, Individuo y Sociedad* n° 5 – Madrid, Ed. Complutense, 1995) p. 93.

En la postmodernidad todo se funde y se disipa, se arrebatada en una producción plural y múltiple. Al decir de Lipovetski *“de ahora en adelante el arte integra todo el museo imaginario, legitima la memoria, trata con igualdad al pasado y al presente, hace cohabitar sin contradicción todos los estilos.”*<sup>14</sup>

Allí donde la estética anterior, clásica y moderna, proponía unidad y coherencia, la postmodernidad propone multiplicidad, dispersión, para de esa forma alcanzar una coexistencia entre lo tradicional, el presente y las conquistas del futuro. Bajo esta fórmula, la llamada moda retro se convierte en uno de sus productos más preciados.

Con estos puntos de vista el relativismo postmoderno sacrifica los valores morales y lo bello, los acusa de hipocresía y les contraponen una forma irónica, vulgar y provocativa, convirtiendo al placer en el hecho definitorio tanto de la ética como de la estética.

Raúl Arlotti

---

<sup>14</sup> LIPOVETSKI, G., *La Era del Vacío* (Barcelona, Anagrama, 1998) p. 124.